



CIUDAD Y ARQUEOLOGÍA

DESAÍOS Y EXPERIENCIAS EN LA METRÓPOLI DEL SIGLO XXI

Citlalli Reynoso Ramos • Erik Chiquito Cortés

COORDINADORES

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES "ALFONSO VÉLEZ PLIEGO"

CIUDAD Y ARQUEOLOGÍA

Desafíos y experiencias en la metrópoli del siglo XXI

CIUDAD Y ARQUEOLOGÍA

Desafíos y experiencias en la metrópoli del siglo XXI

Citlalli Reynoso Ramos
Erik Chiquito Cortés

Coordinadores



BUAP



"ALFONSO VÉLEZ PLIEGO"

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA
INSTITUTO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
"ALFONSO VÉLEZ PLIEGO"

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

MA. LILIA CEDILLO RAMÍREZ

Rectora

JOSÉ MANUEL ALONSO OROZCO

Secretario General

GIUSEPPE LO BRUTTO

Director del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades

“Alfonso Vález Pliego”

La obra fue dictaminada por especialistas en la modalidad de pares ciegos, por lo que cumple con estándares de calidad académica.

Primera edición, 2024

D.R. © Los autores

D.R. © Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

4 Sur 104, Col. Centro Histórico, Puebla, Pue. C.P. 72000

Teléfono (222) 229 55 00

www.buap.mx

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades

“Alfonso Vález Pliego”

Av. Juan de Palafox y Mendoza 208, Centro Histórico

C.P. 72000, Puebla, Pue. Tel. (222) 229 55 00 Ext. 3131

www.icsyh.com

ISBN: 978-607-5914-49-7

Coordinación editorial: Margarita Muñoz Loyola

Corrección y formación: Noé Blancas Blancas

Portada: Julio Broca

Hecho en México

Made in Mexico

Reservados todos los derechos. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio, sin la anuencia por escrito de los titulares de los derechos

ÍNDICE

Prólogo	
Eduardo Matos Moctezuma.	8
Presentación	
Giuseppe Lo Brutto.	15
Sobre el diseño en portada: Arte callejero y arqueología urbana	
Julio Broca	17
Palabras de los Coordinadores	
Citlalli Reynoso Ramos, Erik Chiquito Cortés.	19
PARTE I	
LOS DESAFÍOS DE LA PRÁCTICA ARQUEOLÓGICA EN LA CIUDAD DEL SIGLO XXI	
La arqueología urbana: un desafío de la modernidad	
Daniel Schávelzon	26
Teoría urbana crítica: una aproximación para pensar la Modernidad y la modernización de las ciudades latinoamericanas hoy	
Eduardo Y. Baez Gil.	46
Palimpsesto y heterotopía: hacia una arqueología situada en la ciudad	
Citlalli Reynoso Ramos, Cristina Desentis Torres	64
Retos y perspectivas desde el INAH frente al crecimiento urbano y la arqueología en Puebla. Los casos de Cholula, Totimehuacan y Azumiatla	
Manuel Á. Melgarejo Pérez, Sergio Suárez Cruz, Francisco Mendiola Galván	77
La importancia de la participación ciudadana en la gestión del patrimonio arqueológico urbano de la ciudad de Puebla	
Nekbet Corpas Cívicos, Alicia Castillo Mena.	96
Voces subterráneas: la divulgación como herramienta de gestión del patrimonio arqueológico urbano	
Lillian Torres González, Erik Chiquito Cortés	110

PARTE II

HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS Y EXPERIENCIAS EN LA CIUDAD DEL SIGLO XXI

- Arqueología en una megalópolis moderna: en busca de la antigua
Tenochtitlan
Leonardo López Luján, Saburo Sugiyama, Michelle De Anda Rogel . . . 128
- Un breve acercamiento a la arqueología urbana de finales del siglo xx
e inicios del siglo xxi en el Centro Histórico de la Ciudad de San
Salvador, El Salvador
Julio César Alvarado Hernández 145
- El asedio en una ciudad (1913-1914): arqueología del conflicto en
la ciudad de Zacatecas
Angélica María Medrano Enríquez 158
- Arqueología en la ciudad: estudiando un pasado no ausente en
Matanzas, Cuba
Odlanyer Hernández de Lara 184
- Espacios sociales cotidianos en el Nuevo Reyno de León: vestigios
materiales
Araceli Rivera Estrada 206
- Museos comunitarios en Nicaragua, una representación de la política
cultural a nivel local. El caso del museo comunitario Sandino
Scarleth Vanessa Álvarez Gaitán 223

PARTE II
HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS Y EXPERIENCIAS
EN LA CIUDAD DEL SIGLO XXI

ARQUEOLOGÍA EN UNA MEGALÓPOLIS MODERNA: EN BUSCA DE LA ANTIGUA TENOCHTITLAN

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN
SABURO SUGIYAMA
MICHELLE DE ANDA ROGEL
Proyecto Templo Mayor, INAH

La arqueología de la capital del imperio mexicana, bajo las calles y las casas de la moderna Ciudad de México, presenta múltiples retos para los especialistas. Los descubrimientos allí efectuados desde 1790 hasta nuestros días han permitido reconstruir muchos aspectos de la configuración urbana de la antigua Tenochtitlan, de las actividades religiosas que se llevaban a cabo en su recinto sagrado y, en general, de la vida cotidiana de sus habitantes entre los siglos XIV y XVI. En este texto, profusamente ilustrado, se hará un breve recuento de las exploraciones llevadas a cabo en este complejo escenario desde el siglo XVIII, haciéndose especial énfasis en los trabajos del Proyecto Templo Mayor (1978-2021) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH). Se discutirán igualmente las transformaciones del Centro Histórico de la Ciudad de México a raíz de las excavaciones arqueológicas y la revaloración del área de monumentos históricos y artísticos más importante del continente americano.

TRES CIUDADES EN UNA

Los arqueólogos que trabajamos en las ruinas de Tenochtitlan –capital del imperio mexicana– tenemos mucho en común con nuestros colegas que exploran los vestigios de la Roma de los césares, Constantinopla o Lutecia: todos estudiamos célebres asentamientos de la antigüedad que se encuentran sepultados bajo bulliciosas megalópolis modernas. Para nosotros, la Ciudad de México, la Roma de nuestros días, la moderna Estambul o París representan barreras casi infranqueables, obstáculos en

los que toda suerte de edificaciones y espesas capas de asfalto y concreto únicamente nos permiten abrir diminutas ventanas hacia el pasado.

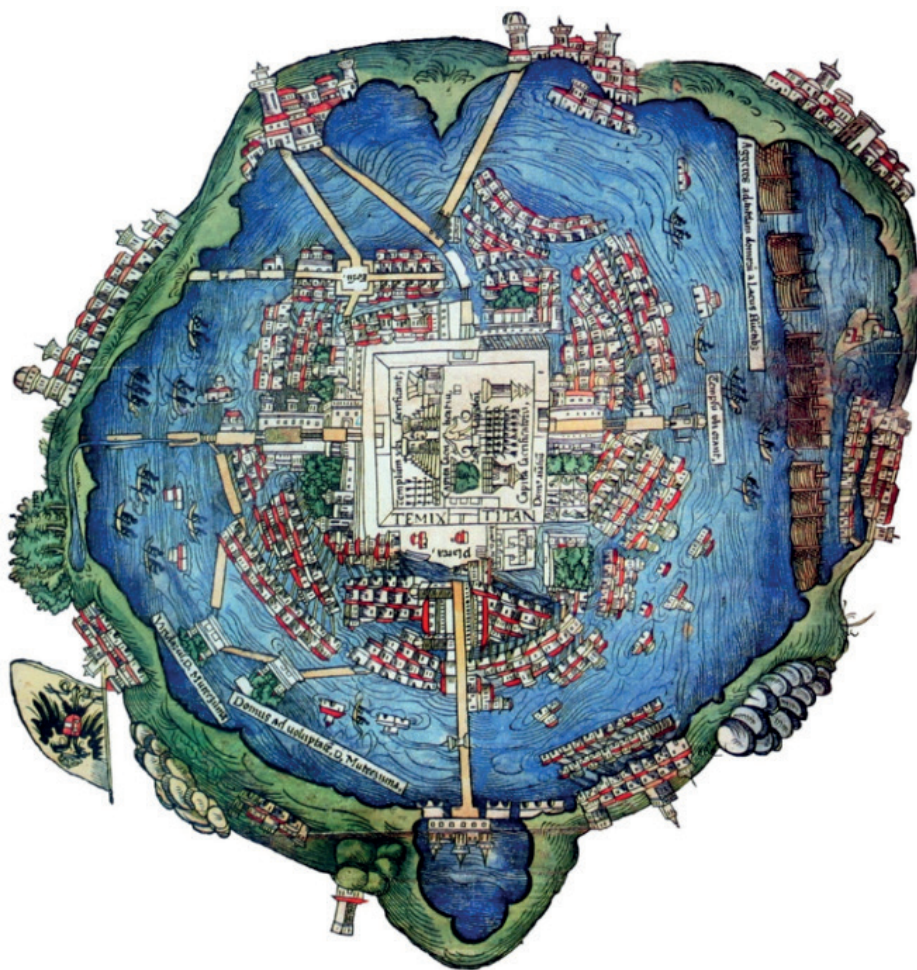
Los arqueólogos y los restauradores de Tenochtitlan, ciertamente, labramos en escenarios poco románticos, sobre todo, si los comparamos con quienes excavan campamentos de recolectores-cazadores en los espaciosos desiertos del norte de México o con quienes exhuman palacios mayas en las densas selvas tropicales del sur. En la Ciudad de México, en contraste, los investigadores pasamos buena parte de nuestra jornada en el interior de oscuros, húmedos y malolientes pozos, abiertos en medio de una urbe tan bulliciosa como caótica.

Desde una perspectiva científica, este peculiar tipo de arqueología nos ofrece la inigualable oportunidad de analizar el fenómeno urbano como un proceso histórico de larga duración, fenómeno en el que ocurren tanto cambios graduales como transformaciones súbitas. El estudio diacrónico de la dinámica socioespacial permite comprender los mecanismos de surgimiento y evolución de las ciudades en el pasado, explicar su estado actual, así como hacer proyecciones sobre su futuro para revertir, o al menos mitigar antes de tiempo, desenlaces no deseados. Tales investigaciones son cruciales para nuestras comunidades si tomamos en cuenta que, en este mundo globalizado, más de la mitad de la población ha abandonado el campo para hacer su vida en grandes ciudades.

En el caso de la Ciudad de México, los estudiosos del pasado hemos podido documentar una historia de más de diez siglos de duración, desde las primeras ocupaciones hasta el presente. Este larguísimo proceso se expresa materialmente como una estratificación compleja en la que se superponen verticalmente numerosas capas que nos hablan de una sucesión continua de densos asentamientos humanos. Sin embargo, para simplificar esta presentación, diremos que existen básicamente tres grandes ciudades empalmadas una sobre otra (Figura 1).

En la superficie, se encuentra la muy vital Ciudad de México, capital de la República Mexicana durante los dos últimos siglos, entre la independencia de España en 1821 y este año de 2021. Con una extensión de 8,700 kilómetros cuadrados y 20.5 millones de habitantes, la Ciudad de México es la metrópolis más grande del continente americano y también lo es de todo el mundo hispanoparlante. Sólo son mayores que ella ocho ciudades, que se encuentran en Japón, China, la India y Egipto; nos referimos a Tokio, Osaka, Delhi, Shenyang, Cairo, Bombay, Shanghái y Calcuta, en ese orden.

FIGURA I
LAS CIUDADES DE MEXICO-TENOCHTITLAN Y MEXICO-TLATELOLCO



Fuente: Hernán Cortés, *Segunda carta de relación*, Nüremberg 1524.

Debemos señalar, no obstante, que el crecimiento de la Ciudad de México ha disminuido dramáticamente en los últimos años, debido a que la tasa de natalidad es ahora apenas mayor que la tasa de reemplazo y a que las migraciones de gente del campo prácticamente se han detenido. A la inversa, han funcionado como fuerzas centrífugas los terremotos y el elevado costo de la vida. De cualquier manera, la Ciudad de México es uno de los centros de servicios, finanzas y cultura más importantes del mundo, y posee

una de las economías más dinámicas a nivel internacional. Pero, como en toda metrópolis global, sus habitantes enfrentan grandes retos de carácter natural y humano: por un lado, inundaciones, temblores y erupciones volcánicas; por el otro, destrucción de ambientes naturales, urbanización caótica, congestionamientos vehiculares, violencia e inseguridad.

Cuando los arqueólogos atravesamos las capas de asfalto y concreto de la superficie —surcadas en su interior por redes de agua, drenaje y cableado eléctrico—, encontramos los vestigios arqueológicos de una segunda ciudad. Esto sucede entre 1 y 4 metros de profundidad, donde se encuentra la capital de la Nueva España, que vivió tres siglos, entre 1521 y 1821. También llamada México y fundada por los conquistadores españoles, fue la primera ciudad colonial del continente americano y se convirtió en un breve lapso en el asentamiento europeo más grandioso de ultramar. Al principio sólo tenía 30 mil habitantes, que vivían en una suerte de *apartheid*: los europeos y sus descendientes habitaban en un territorio central de forma cuadrangular y con calles ortogonales, y en torno a él residía la población indígena. En el siglo XVIII, la capital de la Nueva España alcanzaría los 160 mil habitantes, distribuidos en una superficie de 12 kilómetros cuadrados. Era en aquel entonces un verdadero emporio económico que centralizaba las riquezas provenientes de las haciendas agrícolas y las zonas mineras, a la vez que se beneficiaba de un intenso intercambio comercial con España y con las Filipinas, islas que funcionaban como un distrito provincial de la Nueva España. Era también una influyente y muy creativa sede cultural, pues allí se habían establecido la primera universidad y la primera imprenta de América, así como numerosas academias.

Si continuamos excavando, entre 4 y 12 metros de profundidad hallaremos las ruinas de una tercera ciudad: Tenochtitlan, capital del imperio mexica, la cual tuvo sus modestos inicios en un asentamiento del siglo X d.C. y sucumbió ante los conquistadores españoles en 1521. Se estima que esta isla parcialmente artificial, de 13.5 kilómetros cuadrados, fue el hogar de entre 200 y 250 mil habitantes, pertenecientes a varias etnias. Eso la convierte entre la cuarta y la octava ciudad más grande del mundo en los inicios del siglo XVI, siendo Beijing la mayor de todas, con casi 700 mil, e incluyéndose en la lista a Vijayanagar, Cairo, Hangzhou, Tambriz, Gauda y Estambul, en ese orden.

Tenochtitlan era una ciudad bien urbanizada. Desde tiempos tempranos, dos ejes ortogonales dividían el espacio de la isla en cuatro cuadrantes, los cuales albergaban en su conjunto a más de cien barrios. Al centro, en la

intersección de dichos ejes, se emplazaba el recinto sagrado, alrededor del cual fueron construidos palacios, escuelas y mercados. Como Venecia, la ciudad contaba con cuantiosos canales, embarcaderos, acueductos de agua potable y diques que evitaban las inundaciones en época de lluvias. Además, cinco amplias calzadas la comunicaban con la tierra firme, hacia el norte, el oeste y el sur (Figura 2).

FIGURA 2
LA CIUDAD DE MÉXICO



Fuente: Juan Gómez de Trasmonte *Forma y levantado*, Firenze, 1628.

PROCESOS DE LARGA DURACIÓN

Como hemos dicho, el estudio arqueológico de estas tres ciudades superpuestas nos permite reconocer procesos de transformación urbana de muy larga duración. Dado el poco espacio del que disponemos, aquí solamente mencionaremos tres: un proceso de eterna substitución arquitect-

tónica, un proceso de globalización en aumento, y otro más de constante degradación del ambiente natural.

En sus más de mil años de vida, la Ciudad de México ha estado marcada por el trágico signo de la sustitución arquitectónica. Nuestra cultura urbana ha mostrado, en ese sentido, muchas más analogías con Nueva York que con Barcelona, puesto que las nuevas edificaciones no suelen sumarse de manera paulatina al paisaje citadino, conformando anillos concéntricos desde un casco primigenio hasta una periferia siempre modernizadora. Todo lo contrario, en la Ciudad de México se ha perpetuado por siglos la idea de que un presente vigoroso debe por fuerza nutrirse de las cenizas de su pasado.

Llevada a la práctica, esta creencia ha tenido como corolario la irremisible desaparición de buena parte de nuestro patrimonio monumental. Así sucedió, por ejemplo, con la superlativa Tenochtitlan, la cual fue arrasada metódicamente en el siglo XVI para ceder su lugar al recio asentamiento de los conquistadores y los primeros colonos españoles. De dicho asentamiento, por desgracia, tampoco queda hoy piedra sobre piedra, pues sucumbió a la euforia constructiva de una pujante ciudad barroca del siglo XVII. Ésta, a su vez, sería mayoritariamente suplantada en el siglo XVIII por la urbe neoclásica del periodo borbónico. Más tarde, la capital liberal de la joven república, al triunfar sobre los poderes desmesurados de la Iglesia a mediados del siglo XIX, no tuvo miramientos ante la demolición de las más insignes muestras del arte conventual novohispano. Y algo similar se viviría después en la metrópolis porfiriana y en la del México revolucionario del siglo XX, cuando se impuso sobre un sinnúmero de puentes, acueductos, plazuelas, calles y casas la despiadada lógica del cristal, el acero y el cemento.

Esta prolongada tradición urbana de carácter sustitutivo ha tenido otra ostensible consecuencia: la heterogeneidad del centro histórico de la Ciudad de México, ciertamente aclamado en el mundo entero por atesorar la mayor concentración de monumentos del continente americano. Es de lamentar, empero, que antes de su designación como Patrimonio de la Humanidad en 1987, las viejas construcciones siguieran siendo presa fácil de la ignorancia y la ambición de los capitalinos, quienes las derribaban una a una, aunque poseyeran valores históricos y artísticos dignos de ser preservados para la posteridad.

Un segundo proceso de larga duración tiene que ver con la globalización incesante, entendida ésta como la transformación de la ciudad en el nodo de una red de relaciones cada vez mayores. En este sentido, Tenochtitlan no solamente fue en su tiempo un sitio privilegiado de innovación del conocimiento y producción cultural, sino escenario de una intensa producción artesanal y

cuantiosas transacciones económicas. Como capital del imperio mexica, dominaba territorialmente buena parte del mundo conocido: de sus 38 provincias obtenía como tributo un flujo constante de materias primas, artículos semiprocados y productos terminados. Este sistema se potenciaba con una red comercial que trascendía las fronteras y que hacía llegar a la capital bienes de regiones ubicadas a cientos y, en ocasiones, a miles de kilómetros. Los arqueólogos constatamos el poderío político y económico del imperio mexica en las ofrendas que fueron enterradas en el recinto sagrado de Tenochtitlan. Cada ofrenda contiene riquísimos dones ofrecidos a las divinidades: por ejemplo, piedras semipreciosas traídas desde el norte de México o desde Guatemala; conchas, corales y estrellas de mar colectados en el Golfo de México, el Mar Caribe y el Océano Pacífico; jaguares y águilas traídos respectivamente de las selvas del sur y los desiertos del norte, además de obsidiana, pedernal, oro, cobre y otras materias de gran valor económico y cultural.

Una segunda globalización, de muchas mayores proporciones, tuvo lugar en la capital colonial, pues la Nueva España poseía un territorio mucho mayor que el del imperio mexica, el cual iba desde el norte de California hasta Panamá. La Ciudad de México jugó entonces un papel central en la geopolítica y la economía mundiales, pues se volvió nodo del comercio con las Filipinas, China y la India al otro extremo del Océano Pacífico, y con España, los Países Bajos, Italia y Austria del otro lado del Océano Atlántico. Cuando los arqueólogos excavamos, registramos la vida opulenta de los conquistadores y de sus descendientes: muros y cimientos de suntuosos palacios, toneladas de fragmentos de porcelanas chinas y de mayólicas españolas e italianas, así como cantidades exorbitantes de botijas que servían para transportar vino, vinagre, aceite, aceitunas y alcázaras desde la lejana Andalucía.

Algo similar sucede en la actualidad con la Ciudad de México, sobre todo a partir de la integración del tratado de libre comercio con Estados Unidos y Canadá, y con la firma de otros acuerdos similares con la región Asia-Pacífico y la Comunidad Europea. Desde entonces, la Ciudad de México ha sido clasificada como una *global city* o *ciudad alfa*. De acuerdo con algunos rankings, ocupa el lugar número 9 a nivel mundial por su tamaño económico, el número 15 por su producto interno bruto y el número 73 por su competitividad en circuitos globales, siendo así la más competitiva de América Latina.

El tercer proceso de larga duración al que nos referiremos es la creciente degradación ambiental que se vive desde el siglo XVI. Como sabemos, Teno-

chtitlan estaba ubicada en una cuenca lacustre con ecosistemas sumamente diversos que iban desde los 2,240 hasta los 5,400 metros sobre el nivel del mar. Esto se complementaba con un eficiente sistema agrícola lacustre que permitía tres o cuatro cosechas por año. Sin embargo, los conquistadores españoles decidieron desecar los lagos, drenándolos a través de un desagüe excavado en el norte de la Cuenca de México. Esto, aunado con la tala indiscriminada de los bosques y la introducción de ganado, tuvo como consecuencia que el ambiente se volviera más seco y caliente. De manera sorprendente, en una zona originalmente ocupada por cinco lagos, hoy falta el agua para alimentar a la población, por lo que se tiene que traerla en tuberías desde cientos de kilómetros de distancia o bien bombearla del subsuelo. Esto último ha acelerado los hundimientos urbanos en el antiguo lecho lacustre, a razón de 9 metros en el último siglo.

Otro fenómeno terrible es la presencia de más de 5 millones de automóviles, emisores de contaminantes difíciles de disipar por la baja velocidad del viento y por las frecuentes inversiones térmicas. Sólo en fechas recientes, se ha mitigado la contaminación con la salida de la industria de la Ciudad de México y con el uso obligatorio de catalizadores en los automóviles. Pero al final siempre existe una esperanza: se cuenta hoy con equipos de urbanistas, sociólogos, economistas, ecólogos y activistas que luchan por mejorar la vida en la Ciudad de México. En fechas recientes, a estos equipos se han sumado los arqueólogos con sus útiles conocimientos de las transformaciones urbanas de larga duración.

ESTUDIOS DE TOPOGRAFÍA Y ARQUITECTURA

El inesperado descubrimiento del monolito de la diosa lunar Coyolxauhqui en 1978 desencadenó una serie de acontecimientos que transformaron el rostro de la Ciudad de México y revolucionaron nuestros conocimientos sobre la antigua civilización mexicana. En esa coyuntura irrepetible, el Instituto Nacional de Antropología e Historia logró cristalizar una de las empresas arqueológicas más ambiciosas y duraderas de los últimos tiempos: el Proyecto Templo Mayor. Fundado hace 43 años por el profesor Eduardo Matos, este programa de investigación científica ha tenido como misión exhumar buena parte del recinto sagrado de Tenochtitlan, con el objetivo expreso de reconstruir la vida religiosa, sociopolítica y económica en la capital imperial. Hasta el día de hoy, se han llevado a cabo nueve largas temporadas de exca-

vaciones, las tres primeras dirigidas por Matos y las seis restantes por Leonardo López Luján. En ese periodo el Proyecto Templo Mayor ha explorado una superficie de 1.3 hectáreas, lo que equivale nada menos que al 10.5% de las 12.24 hectáreas que habría abarcado el recinto sagrado, y al 0.1% de los 13.5 km² que habría tenido la isla a principios del siglo xvi.

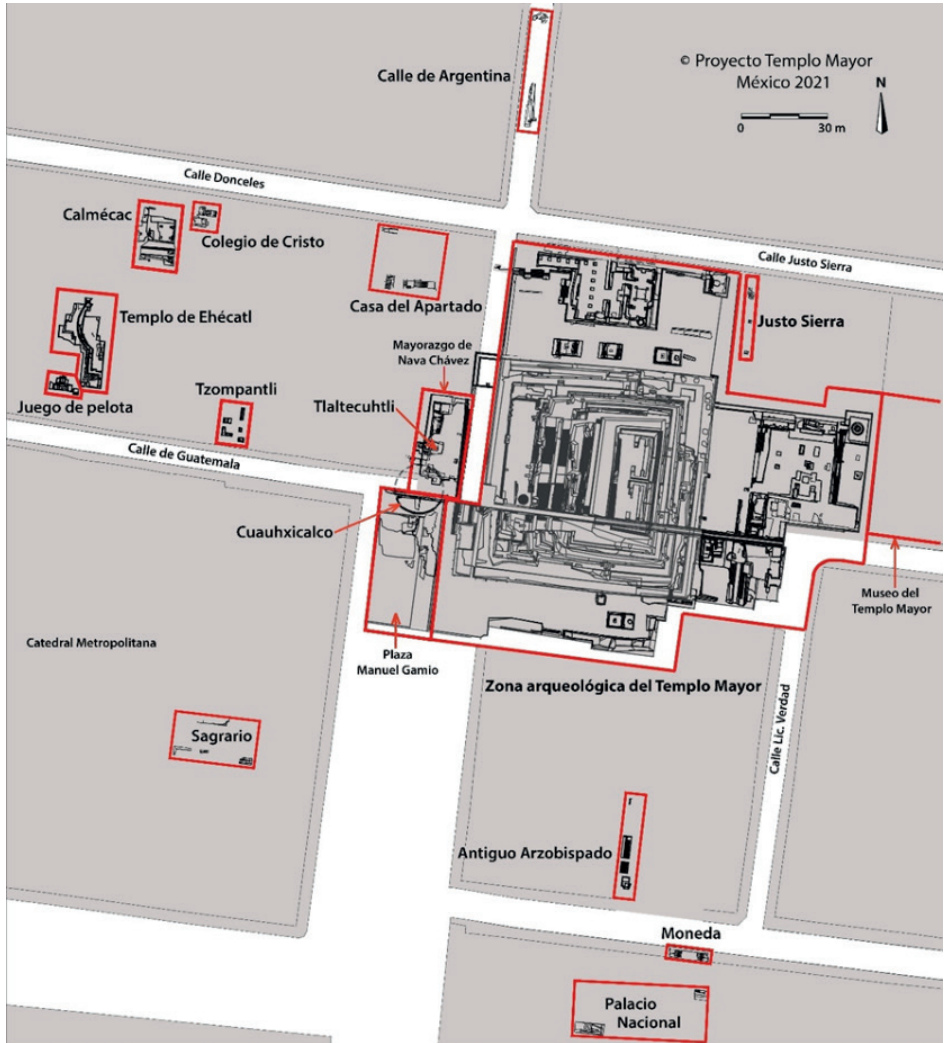
Otro momento importante se vivió en 1991, cuando fue creado el Programa de Arqueología Urbana. Dicho proyecto se encarga de los rescates y los salvamentos en el centro de la Ciudad de México y es complementario en muchas maneras del Proyecto Templo Mayor. En el éxito de ambos equipos, uno de investigación y otro de intervención inmediata, el mayor de los secretos ha sido la continuidad. Así, generaciones sucesivas de especialistas han sumado sus esfuerzos, añadiendo paulatinamente “piezas” a un gigantesco “rompecabezas arqueológico”, el cual, somos conscientes, nunca se logrará completar. Entre tales “piezas” destacan el Templo Mayor (pirámide doble dedicada al dios solar Huitzilopochtli y al dios pluvial Tláloc), la Casa de las águilas, los Templos rojos, la Cancha de juego de pelota, la Escuela de los nobles, el Templo del dios del viento y la Palizada donde se exhibían los cráneos de los sacrificados.

Entre 1978 y 1982 realizamos un primer levantamiento topográfico conforme se llevaba a cabo la exploración arqueológica. El resultado fue un conjunto de planimetrías que muestran el avance mensual de los trabajos, así como un número importante de alzados, cortes y perspectivas. Buena parte de estos dibujos, elaborados a tinta sobre papel, fueron publicados en un álbum de gran formato.

Muchos años después, en 2007, comenzamos a elaborar un nuevo plano maestro, aunque ahora utilizando la última generación de estaciones totales, computadoras y programas de informática. Este plano se distingue por su precisión milimétrica, su información tridimensional y su formato digital. Estas características permiten modificarlo y enriquecerlo constantemente con los resultados de nuevos trabajos de campo y gabinete.

Es así como hemos logrado concluir el levantamiento topográfico de la zona arqueológica del Templo Mayor, pero también de otros 15 predios del centro histórico donde aún están visibles elementos arquitectónicos prehispánicos. De esta forma, hemos logrado cubrir una superficie total de 18,500 metros cuadrados del antiguo recinto sagrado de Tenochtitlan. De manera muy puntual, hemos registrado de cada edificación sus etapas constructivas, sus rasgos arquitectónicos, sus esculturas y pinturas, y sus modificaciones modernas (Figura 3).

FIGURA 3
EDIFICIOS MEXICAS EXCAVADOS EN EL CENTRO
HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE MÉXICO

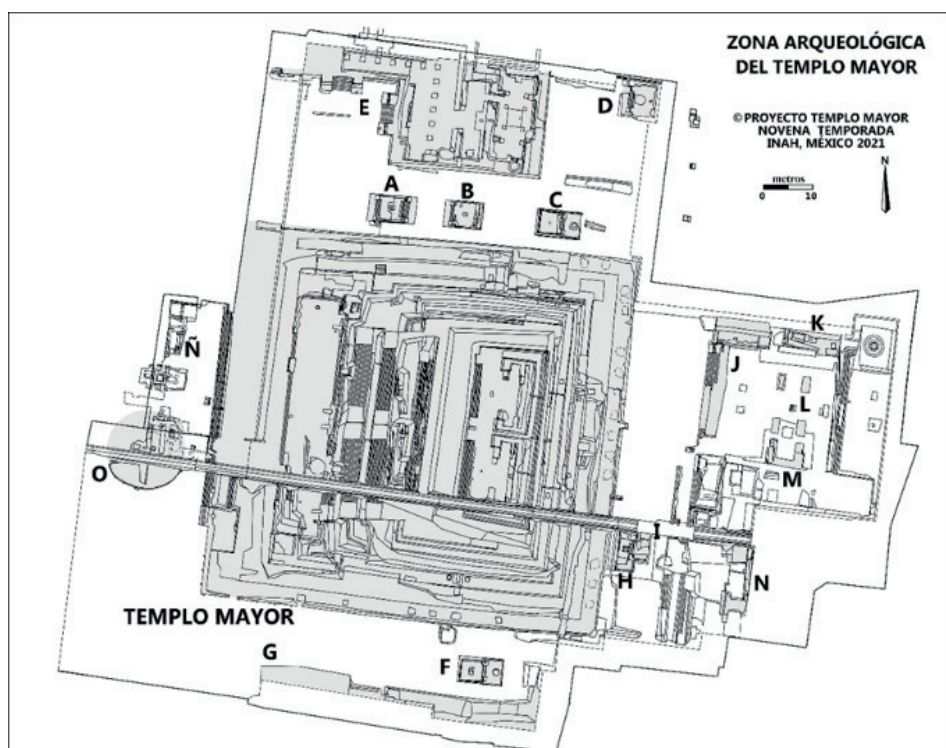


Fuente: Michelle De Anda. Cortesía: Proyecto Templo Mayor.

Entre las múltiples utilidades del nuevo plan maestro se encuentran el cálculo de las dimensiones exactas de los edificios; la identificación de antiguos sistemas de medida; el registro de las modificaciones arquitectónicas a lo largo del tiempo; la elaboración de modelos hipotéticos tridimensionales

que nos informen sobre el gasto energético que implicó su erección; el estudio funcional de los espacios y de los procesos de planificación urbana; el cálculo de las orientaciones arqueoastronómicas; la creación de sistemas de información geográfica para ubicar espacialmente los datos relativos a esculturas, pinturas, ofrendas y entierros; la concentración de información sobre la conservación y la gestión de los sitios; la modelización de visualizaciones para apoyar programas educativos y de difusión; etcétera.

FIGURA 4
LA ZONA ARQUEOLÓGICA DEL TEMPLO MAYOR



Fuente: Michelle De Anda. Cortesía: Proyecto Templo Mayor.

Paralelamente hemos empleado otras tecnologías. Un buen ejemplo es el levantamiento con escáner tridimensional terrestre que llevamos a cabo con los arquitectos Guido Galvani y Cecilia Traina del DIAPREM de la Università degli Studi di Ferrara. Uno de nuestros objetivos principales fue elaborar un modelo gráfico del monolito de la diosa terrestre Tlaltecuhli, antes de que fuera trasladado a

unos metros de distancia para su restauración. Para ello, usamos un escáner láser marca Leica, una estación total, una cámara digital y el software Cyclone.

Otro ejemplo es nuestro programa de modelado arquitectónico conjuntando el uso de los programas AutoCAD, Photoshop, Sketchup y Blender. Esto ofrece la posibilidad de representar automáticamente todas las vistas de un edificio –entre ellas, plantas, cortes, alzados, detalles y modelos tridimensionales– con textura y color, así como la futura realización de imágenes en Realidad Aumentada y Realidad Virtual (Figura 4).

El año próximo complementaremos la información recabada hasta ahora con las estaciones totales, por medio del uso de la tecnología LIDAR. Para ello, usaremos un equipo LIDAR aéreo incorporado a drones de gran tamaño y otro equipo LIDAR terrestre que se porta sobre la espalda de los arqueólogos. Esto nos permitirá generar nubes de millones de puntos, logrando mayores detalles en esculturas y rasgos arquitectónicos de pequeño tamaño.

LUGARES DE MEMORIA

En el medio milenio transcurrido desde la aniquilación de la ciudad prehispánica y la inmediata fundación de la capital colonial, el ahora llamado “centro histórico” ha transmutado su rostro en incontables ocasiones. Hoy lo experimentamos una vez más, primordialmente a resultas de la excavación sistemática del recinto sagrado de Tenochtitlan y de la subsecuente revaloración de este espacio urbano que hasta hace poco sufría de un inusual descuido. Pero su suerte cambió al quedar concatenados seis acontecimientos cruciales: el hallazgo del monolito de Coyolxauhqui en 1978; la decisión, el mismo año, de organizar un proyecto científico de gran envergadura para exhumar por completo la pirámide principal del imperio mexica; la declaración del viejo casco urbano como “zona de monumentos históricos” en 1980; la apertura a la visita pública de la zona arqueológica del Templo Mayor en 1982; la inauguración de su espectacular museo en 1987, y, a fines de ese mismo año, la inclusión de toda el área en la lista de Patrimonio Mundial de la Unesco (Figura 5).

Con el paso del tiempo, tal sinergia ha impulsado a los gobiernos federal y local –arropados por la iniciativa privada y la sociedad civil– a emprender acciones encaminadas a la remodelación de edificios y monumentos artísticos e históricos; el remozamiento de calles, plazas y mercados; la renovación de redes de agua potable, drenaje, electricidad y telefonía; la sustitución de mobiliarios urbanos, y la inhibición de un comercio informal que había

convertido el espacio público en territorio de la delincuencia organizada y las clientelas políticas. En forma simultánea, muchos inmuebles subutilizados o convertidos en bodegas han vuelto a acoger a familias de todos los niveles socioeconómicos, repoblándose y revitalizándose el área. Inclusive, han retornado las instituciones educativas de nivel superior, y proliferado en torno a ellas flamantes recintos museísticos y centros culturales.

FIGURA 5
VISTA ÁREA DEL TEMPLO MAYOR DE TENOCHTITLAN



Fuente: Saburo Sugiyama. Cortesía: Proyecto Templo Mayor.

En un periodo relativamente corto, propios y extraños han atestiguado cómo el centro histórico ha vuelto a ser un sector de la ciudad no sólo visitable, sino disfrutable. De manera aún más trascendental, ha recobrado su condición de *lieu de mémoire* en los términos del historiador francés Pierre Nora, es decir, de un lugar que ha logrado escapar del olvido y al cual la colectividad ha hecho objeto de sus remembranzas compartidas, confiriéndole significados que, aunque siempre cambiantes, están próximos a sus más caros afectos y emociones.

FIGURA 6
VENTANA ARQUEOLÓGICA EN EL TEMPLO DEL
DIOS DEL VIENTO DE TENOCHTITLAN



Fuente: Saburo Sugiyama. Cortesía: Proyecto Templo Mayor.

Obviamente, no toda la gente que asiste a este singular escenario está al tanto de su complejísima historia, compuesta por una superposición de experiencias humanas que en no pocas ocasiones han cambiado el devenir de la nación entera. Muchos transeúntes ni siquiera imaginan que, justo por debajo de sus pies, subyace un intrincado palimpsesto urbano, una sucesión vertical de vestigios materiales que son el reflejo imperfecto de un largo devenir. Por ello, para contrarrestar dicho desconocimiento, se han instalado por doquier “ventanas arqueológicas”, suerte de miraderos hacia el pasado que permiten atisbar desde la superficie la profundidad espacial de las sucesivas ocupaciones y, he ahí lo maravilloso, vislumbrar además su profundidad temporal: ruinas sobre ruinas sobre ruinas de tres capitales que han regido los destinos de sus respectivos mundos.

Antes de concluir, quisiéramos referirnos a una curiosa constante revelada por estas “ventanas arqueológicas” a la luz de los documentos históricos (Figura 6). De manera reiterada, se constata lo que pudiéramos bautizar

como una “vocación secular de los espacios urbanos”, o sea, una continuidad de las funciones a las cuales han sido consagrados determinados predios. En algunos casos, la coincidencia entre los usos del pasado y los del presente es fruto del azar, pero en otros parece evidente la intencionalidad. En este último sentido, los ejemplos más ostensibles son el Zócalo y el Palacio Nacional.

El Zócalo o plaza principal de la Ciudad de México es un cuadrángulo inusitadamente anchuroso, de cuyas bellas perspectivas rara vez gozamos debido a que por regla general está invadido por carpas y tendidos que lo despojan de toda dignidad. Su espesa “plancha” de concreto cubre la Plaza Mayor novohispana, ciclópeo espacio multifuncional que alojó durante largo tiempo una gran fuente con un tazón de bronce, una columna con el busto de Fernando VI, la picota, la horca, el mercado del Parián y centenares de puestos semifijos. Más abajo, si hacemos caso del mapa publicado en Nüremberg en 1524 en la *Segunda carta de relación* de Hernán Cortés, se encontraría la *Platea* o plaza de Tenochtitlan, la cual era una dilatada área a cielo abierto que contenía un par de edificaciones y seguramente albergaba un mercado callejero informal.

De manera concomitante, nuestro Palacio republicano, conocido como “Palacio Nacional”, fue también –aunque con un piso menos– el de nuestros dos imperios decimonónicos, además de la principal sede de gobierno del periodo colonial y el epicentro político de tiempos prehispánicos. Sus corredores sirvieron de solución de continuidad al poder absoluto de los presidentes mexicanos, los virreyes españoles y los emperadores mexicas, puente que con lucidez examina Octavio Paz en *Postdata*. Por si fuera poco, la parte trasera del Palacio Nacional encierra hoy un plácido vergel de plantas mexicanas, algunas de ellas cactáceas, el cual evoca tanto el jardín botánico fundado por el aragonés Martín Sessé y el extremeño Vicente Cervantes a fines del siglo XVIII, como el área arbolada prehispánica que, de acuerdo con el plano de Cortés, engalanaba la *Domus Don Mutezcuma*. Según el mismo plano, los laboratorios de los biólogos del INAH que estudian los restos de fauna recuperados en excavaciones arqueológicas se encuentran casualmente sobre el *Domus animalium*, es decir, sobre el “zoológico de Moctezuma”.

Pudiéramos llevar las cosas al límite en busca de otros ejemplos de continuidad en el uso del suelo, por más que sean simples casualidades. En este tenor, habría que señalar que encima del Calmécac de Tenochtitlan –la Escuela para los nobles– se yergue en la actualidad el edificio del Centro Cultural de España en México; que los aposentos del Telpochcalli –la antigua Escuela para los plebeyos– fueron sepultados primero por el inmueble de

la Real Universidad de México y luego por los de la Universidad Nacional Autónoma de México y la Fundación Cultural Herdez, y que el Teucalco –la cámara del tesoro de los emperadores mexicas, ubicado en el Palacio de Axayácatl– soporta encima la mole barroca del Monte de Piedad, mejor conocido como el “banco de los pobres”.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcocer, I. (1935). *Apuntes sobre la antigua México-Tenochtitlan*. México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Benítez, F. (1984). *Historia de la ciudad de México*, 5 vols. México: Salvat.
- Benítez, J. R. (1933). *Alonso García Bravo: planeador de la ciudad de México y su director de obras públicas*. México: Compañía de Fomento y Urbanización.
- Cervantes de Salazar, F. (2000). *México en 1554 y Tímulo Imperial*. México: Porrúa.
- Fernández, M. Á. (1990). *El marco del encuentro*. Smurfit Cartón y Papel, México.
- Galindo y Villa, J. (1996). *Historia sumaria de la ciudad de México*. México: Departamento del Distrito Federal.
- Gruzinski, S. (1996). *Histoire de Mexico*. París: Fayard.
- Kandell, J. (1988). *La Capital: The Biography of Mexico City*. Nueva York: Random House.
- López Austin, A. y López Luján, L. (2009). *Monte sagrado-Templo Mayor: el cerro y la pirámide en la tradición religiosa mesoamericana*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia/Universidad Nacional Autónoma de México.
- López Austin, A. y López Luján, L. (2017). “State Ritual and Religion in the Sacred Precinct of Tenochtitlan”. En *The Oxford Handbook of the Aztecs* (pp. 605-621). Nueva York: Oxford University Press.
- López Luján, L. (2017). “El Proyecto Templo Mayor (1991-2017): recuento de cinco lustros de actividades”, en *Templo Mayor: revolución y estabilidad*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, pp. 35-57.
- López Luján, L. (2018). “Ruinas sobre ruinas: el subsuelo del centro histórico de la ciudad de México”. *Arqueología Mexicana*, 79, 10-18.
- García Cubas, A. (1934). *El libro de mis recuerdos*. México: Imprenta Manuel León Sánchez.
- Marquina, I. (1960). *El Templo Mayor de México*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Marroqui, J. M. (1969). *La ciudad de México*, 3 vols. México: Jesús Medina Editor.

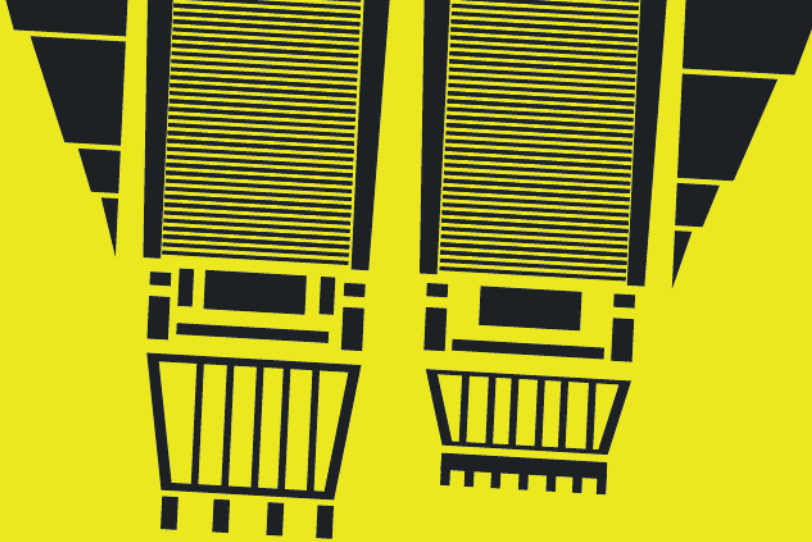
- Mier y Terán Rocha, L. (2005). *La primera traza de la Ciudad de México, 1524-1535*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Nora, P. (Ed.) (2001). *Les lieux de mémoire*. París: Gallimard.
- Padilla Galicia, S. (2016). *Metrópolis México: formación/consolidación*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Rivera Cambas, M. (1880). *México pintoresco, artístico y monumental*, 3 vols. México: Imprenta de la Reforma.
- Sotomayor, A. (1990). *La ciudad antigua de México* México: Bancomer.
- Toussaint, M. (Ed.) (1956). *Información de méritos y servicios de Alonso García Bravo, alarife que trazó la ciudad de México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Tovar de Teresa, G. (1991). *La ciudad de los palacios: crónica de un patrimonio perdido*. México: Fundación Cultural Televisa.
- Valero de García Lascurain, R. (1991). *La ciudad de México-Tenochtitlán: su primera traza 1524-1534*. México: Editorial Jus.

CIUDAD Y ARQUEOLOGÍA
DESAFÍOS Y EXPERIENCIAS EN LA METRÓPOLI DEL SIGLO XXI

Citlalli Reynoso Ramos y Erik Chiquito Cortés
Coordinadores

editado por el Instituto de Ciencias Sociales
y Humanidades “Alfonso Vález Pliego” de la
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla,
se publicó como libro electrónico
de acceso gratuito en octubre de 2024.

Tamaño: 15.2 MB



La ciudad es un fenómeno complejo y fascinante, es el escenario de lo posible, de la utopía, de los derechos, pero también de la miseria, la discriminación y la inequidad. La ciudad del siglo XXI marcha al ritmo del capital dentro de una lógica neoliberal, lo cual impone múltiples desafíos para la práctica arqueológica que van desde la urbanización desmedida y desordenada, la privatización del espacio público, la gentrificación, la especulación inmobiliaria, la destrucción sistemática del subsuelo, el despojo de las personas, la falta de presupuesto para la investigación y conservación de bienes arqueológicos, hasta la escasa formación de los arqueólogos para ser mediadores de conflictos, gestores culturales y divulgadores sociales.

La arqueología tiene mucho que aportar a la comprensión y a la valoración de la ciudad, pues invita a pensar el territorio desde múltiples temporalidades, espacios y significaciones culturales que le dan sentido al ámbito habitado y vivido por las personas. Aspiramos a construir una arqueología urbana latinoamericana que contribuya a crear consciencia histórica, ciudadanía, identidad, justicia espacial y buen vivir. Pensar en el futuro en tiempo presente es improrrogable para la práctica arqueológica en la metrópoli del siglo XXI.



BUAP



ICSYH
"Alfonso Vélaz Páez"



e-book